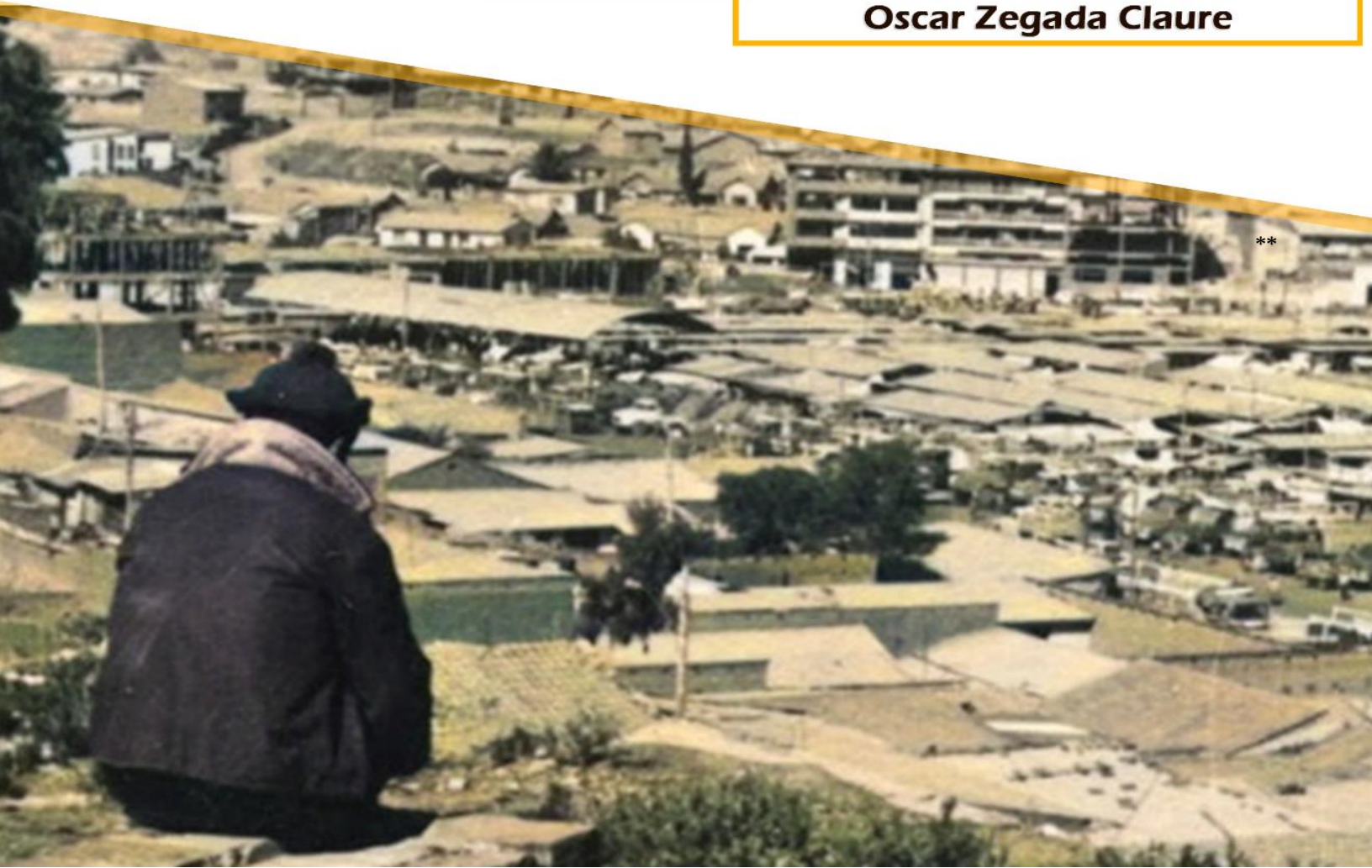


Breves apuntes para una política del amor

Oscar Zegada Claure



**

Breves apuntes para una política del amor

Oscar Zegada Claire*

Cómo citar: Zegada, O. (2024). Ensayo Breves apuntes para una política del amor, Revista Dialógica Intercultural, 4, 150-164. DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.14610073>

Recibido: 7 de octubre de 2024 • Aprobado: 29 de noviembre de 2024

1. Apertura

Para la mayoría de las personas el mundo en que vivimos luce fragmentado, como si las varias dimensiones que hacen la totalidad de la vida y el mundo fueran compartimientos estancos, realidades ajenas entre sí, como si lo que se piensa, siente y hace en una de esas dimensiones no tuviera efectos en las demás: el ser humano separado de la naturaleza, el cuerpo de la mente, la materia del espíritu, la ciudad del campo, lo observado del observador, la economía del medio ambiente, la razón de la emoción, el provecho individual del provecho colectivo, la política del amor.

Se trata de una ilusión con una apariencia de realidad tan fuerte que se tiende a tomar decisiones como si cada dimensión de la vida fuera autocontenida, sin que sea necesario considerar sus interconexiones con las demás y los efectos entre unas y otras. La ilusión de fragmentación persiste pese a sus conocidas y negativas consecuencias personales, ambientales, sociales, económicas, políticas y psicológicas. La fragmentación es uno de los rasgos de un estado de conciencia de separatividad que al diferenciar excluye, ignora y niega lo diferente, deteriora la cohesión social y la cooperación, dando lugar a actitudes y conductas individuales y grupales de prejuicio, discriminación, ocasionando tensiones y conflictos sociales, políticos, religiosos que caracterizan las interrelaciones humanas resultantes.

El estado de conciencia de separatividad ha llevado, entre otros efectos, a concebir lo político y lo espiritual como aspectos tan ajenos entre sí, que es comúnmente aceptado que la política es el campo en el que sólo cuenta el interés egoísta restringido, en que cualquier procedimiento es aceptable para alcanzar un fin que, por muy noblemente enunciado que sea, más temprano que tarde termina deglutido por el primero. Esta concepción conduce a pensar que la integración entre lo político y lo espiritual es imposible, una inimaginable utopía que los hechos parecen confirmar cada día con muy raras excepciones que más bien ratificarían la regla.

La política y la espiritualidad hace mucho se fueron por caminos diferentes y en estos tiempos en que los efectos de su separación son tan evidentes y negativos para la humanidad y el planeta, uno de los desafíos que nos toca encarar es trascender los velos que cubren su interrelación y abrir sendas para su integración consciente y constructiva. Es

que una espiritualidad ajena a la política es una potente luz que ilumina donde ya hay claridad y una política que olvida la espiritualidad es carecer de luz en la noche más oscura.

2. Para entendernos mejor: lo espiritual, el amor y la política

En este texto vamos a utilizar los términos espiritualidad, amor y política que es necesario precisar. Cuando hablamos de lo *espiritual* nos referimos a la capacidad de las energías primordiales y de la materia para interrelacionarse creando sistemas complejos que, al formar tejidos interconectados sustentan al universo en su multifacética diversidad, permanente auto recreación y expansión (Boff, 2012). Por su parte la palabra *amor* hace referencia a las fuerzas que impulsan el acercamiento y agregación de las energías y la materia, haciendo surgir cualidades más y más complejas que se cristalizan en sistemas y formas inagotables. Hasta donde sabemos los humanos son la especie que puede experimentar y des-envolver las formas más conscientes del amor (Zegada, 2024.)

Lo espiritual es una de las dimensiones del ser humano y se expresa en individuos que se trascienden a sí mismos como entes separados de la totalidad en un doble movimiento: hacia dentro, que es un descubrir y conectarse con su ser interior y hacia fuera, un descubrir y conectarse con la totalidad del universo manifestado, el mundo, la vida, los otros, lo otro.¹ La espiritualidad es entonces un proceso en que el yo separado se va integrando de manera expansiva y participante a la totalidad y al hacerlo, por reversibilidad, se re-define como plena individualidad que simultáneamente es en sí, en los otros y en lo otro.

Al referirnos a la política lo hacemos teniendo en mente su doble alcance: *policy* y *politics* (Salazar, 1995). Esto es, por un lado, el proceso de toma de decisiones y la implementación de las opciones elegidas para alcanzar ciertos objetivos -un asunto principal aunque no exclusivamente técnico- y, por otro lado, en lo que nos interesa resaltar aquí, los fundamentos del poder en la economía y la sociedad, las interrelaciones de poder, la correlación de fuerzas específica de cada coyuntura, las características y rol de los liderazgos, el ejercicio de la autoridad, así como las formas y grados de participación de los ciudadanos en las decisiones y la vida de sus sociedades.²

Ahora bien, lo relacional de lo espiritual es el amor y abarca todas las áreas del quehacer humano: individuo, familia, amistad, trabajo, medio ambiente, cultura, economía y, por supuesto, la política. Del grado, calidad, extensión y amplitud de las relaciones -es decir del amor- depende el tipo de conexión en y entre esas áreas de la vida, incluida la política. Y como lo relacional de la política nos conduce a su doble alcance -el proceso de toma de decisiones colectivas para alcanzar un fin y a las prácticas de poder-, podría decirse que la calidad de la política está relacionada íntimamente con lo espiritual y depende del grado

¹ En este texto no vamos tocar el asunto, pero la espiritualidad también hace referencia a la dimensión misteriosa e inexplicable que nos lleva al umbral del infinito, al misterio del antes y el después del universo, a lo que está más allá de lo que como seres humanos podemos percibir, imaginar, intuir, entender, pretender explicar.

² Para más detalles, véase Zegada, 2014.

de amplitud y expansión del amor. Así, un amor limitado centrado exclusivamente en uno mismo y en nada más que uno mismo, lleva a un tipo de relación y a una forma de concebir y hacer política muy diferente a la de un amor expansivo e integrativo. Por esta razón, el qué se ama -el grado de expansión del amor- y el cómo se ama -la calidad del amor- determinan el propósito, los medios y el quehacer habitual de la política. En efecto, el amor centrado en uno mismo o en un reducido grupo de interés dejando fuera a los demás y a otros aspectos de la vida, conduce no solamente a una finalidad excluyente sino también al uso de medios perversos y prácticas inescrupulosas y dañinas que fácilmente lesionan los intereses de otros. Ejemplos recientes abundan: el deterioro y la contaminación medioambiental, la manipulación, la exclusión y/o sometimiento del otro diferente, el abuso del poder, el autoritarismo, el patriarcalismo, el racismo, la violencia, la corrupción, etc. Consiguientemente el alcance y la práctica de la política dependen de la extensión y profundidad del amor, y si bien la política no determina al amor lo enriquece y profundiza o empobrece y limita. Una política excluyente, que es lo que predomina en nuestros días, promotora de intereses particulares en desmedro del bien común marchita al amor. Una política incluyente orientada al bien común lo hace florecer.

La relación entre amor y política es tan evidente como inevitable y compleja, y la humanidad podría estar ya en condiciones de comenzar a practicar relaciones políticas acordes con un amor más expansivo y profundo que, pese a todo lo que hoy se vive, es tan urgente como posible y necesario. Por esto, un asunto escrito en la agenda de la humanidad en el siglo XXI como trabajo individual y colectivo a realizar es el eslabonamiento entre amor expansivo y política: aprender a hacer una política del amor; una política de la espiritualidad.

Refiriéndose a lo que consideramos uno de los alcances de la espiritualidad y el amor en relación a la política, la libertad, Nelson Mandela a juicio nuestro un maestro de la práctica de una política del amor, termina su autobiografía expresando el camino que a todos nos queda por emprender: *“Cuando salí de la cárcel ésa era mi misión: liberar tanto al oprimido como al opresor. Hay quien dice que ese objetivo ya ha sido alcanzado pero sé que no es así. La verdad es que aún no somos libres; sólo hemos logrado la libertad de ser libres, el derecho a no ser oprimidos. No hemos dado el último paso sino el primero de un camino más largo y difícil. Ser libre no es simplemente desprenderse de las cadenas, sino vivir de un modo que respete y aumente la libertad de los demás. La verdadera prueba de nuestra devoción por la libertad no ha hecho más que empezar.”* (Mandela, 2013, p. 647).

3. Mecanismos de regulación externos e internos de las relaciones de poder

Dicen por ahí que para conocer a alguien hay que ver cómo se relaciona con el sexo, el dinero y el poder. Este dicho parece provenir de una sabia observación de aspectos que espolean fuertemente a los seres humanos en muchos ámbitos de la vida. Aunque los tres parecen ser elementos conectados, nuestro foco de interés es el poder, algo tan amplio que está presente marcando la vida de los seres humanos del nacimiento a la muerte, en todo momento y en todo lugar, tanto en lo privado como en lo público, en lo efímero y en lo

duradero, en todas las interrelaciones, desde las personales hasta las que tienen alcance planetario. Es éste el terreno donde se despliegan y regulan las relaciones de individuos y grupos en el acceso y el ejercicio del poder.

Por cierto, hay muchas concepciones de poder. En este trabajo el poder es entendido en un doble sentido: (1) como la habilidad para obtener algo dadas unas restricciones naturales, personales y sociales: el *poder-de*; (2) como la capacidad de hacer que otros hagan o dejen de hacer algo: el *poder-sobre*. El poder abarca desde el ámbito personal y privado, muy íntimo al grado que a veces nadie lo conoce, hasta el macro social. Por eso tenemos que entender a la política en su más amplio y comprehensivo abanico de posibilidades y prácticas³.

Los grupos humanos se han dotado de reglas y normas formalizadas por una autoridad que ponen orden en las sociedades, amortiguan conflictos relacionales y dan pautas de conducta específicas para el relacionamiento social, que muchos posiblemente no seguirían en su ausencia y que en general procuran regular las relaciones de poder. Son de carácter obligatorio, con sanciones a cargo de una autoridad que ejerce el poder político legal y legítimo, incluido el ejercicio de la fuerza, de modo que los integrantes del grupo las obedecen por temor, aunque, pese a ello, bastante a menudo son incumplidas. Tan antiguas como las reglas y normas son los esfuerzos por eludirlas con disimulo o con el consentimiento y/o la indiferencia de los encargados de hacerlas respetar, generalmente a cambio de un pago. Las reglas y normas tienen tanta importancia como limitaciones ya que dada su exterioridad pueden no cumplirse, en particular si se aprovechan las ventajas del poder con este fin; mucho más si hay debilidades institucionales que dificultan su aplicación efectiva (por ejemplo, el célebre “se acata, pero no se cumple” de las autoridades locales en la América colonial frente a las disposiciones de la corona española y que todavía persiste en Latinoamérica).

Con siglos de experiencias de lo más variadas, las sociedades han desarrollado sistemas políticos con separaciones de poderes y contrapesos, normas que rigen las interrelaciones políticas, sostienen los mecanismos de acceso, relevo y gestión de los resortes del poder público, establecen las posibilidades y los límites del uso de la fuerza. Para evitar la concentración del poder y las decisiones, expresión de una forma de amor egocéntrica o a lo más extendida a grupos reducidos en la sociedad, se han inventado y desarrollado sistemas políticos para tratar de eludir o al menos disminuir las tiranías y abusos, algo sin duda necesario en el contexto de estados de consciencia y niveles de amor limitados. En un mundo de buscadores del propio provecho exclusivo, o casi, es decir de grados de amor que no sobrepasan el amor por uno mismo o que se extienden a no más de un reducido grupo, las normas y reglas establecidas y sostenidas externamente para reducir los conflictos y encauzar la convivencia social son una imperiosa necesidad frenando, al menos parcialmente, el camino al abuso y la arbitrariedad de los poderosos, ayudando a poner en línea la búsqueda de ventajas y beneficios particulares que por lo general se consiguen a

³ Véase Boulding, 1989.

costa de los más débiles e indefensos. Sin embargo, en sociedades en que las relaciones de poder son asimétricas el marco institucional sostiene, reproduce y legitima el poder dominación de unos sobre otros, clara expresión de formas del amor limitadas que están centradas en el beneficio de reducidos grupos de interés que se manifiestan en prácticas sostenidas en intereses y factores estructurales.

Además, existen, y desde hace mucho, pautas de conducta y códigos morales enraizados en hábitos y costumbres que ayudan a organizar las interrelaciones sociales y reproducir las relaciones de poder. Asentadas en creencias y maneras de ver el mundo e interpretarlo, postulan valores compartidos desde los que se construyen estilos de vida, costumbres y hábitos del cotidiano vivir dando sentido a lo que se piensa, se siente, se hace. Los valores compartidos definen lo que se considera valioso en la vida, orientan las decisiones y las acciones, dan pautas de conducta a quienes los han asumido y se traducen en reglas y normas informales. Cuando esa estructura de valores es enseñada, transmitida, aprendida, aceptada e internalizada⁴, la conducta se encauza desde una estructura de reglas y normas informales que constituyen una moral que se transmite, refuerza, y a veces se impone, mediante mecanismos como la presión, la disuasión, la demostración, la aceptación social, la reputación, etc⁵. La moral, al sostenerse en presiones internas y externas muchas veces asociadas a un sentido de culpa, constituye un deber ser que va de fuera hacia dentro. Las vivencias conductuales sostenidas en una moral llevan a la existencia de un juez, si es interno auto-represivo, de culpa y remordimientos de conciencia; si es externo, represivo y castigador por medio de la presión social, pero que se puede burlar. Cuando por cualquier razón los sostenes de la moral se debilitan u ocurren circunstancias que llevan a priorizar otros aspectos (económicos, poder, sentimientos, pasiones, etc.) la conducta concreta se aleja al menos parcialmente de la estructura de valores, a veces desembozadamente, otras con disimulo. Pero también la moral es expresión de maneras de ver el mundo que hacen posible legitimar las relaciones asimétricas de poder, con base en un sentido común que enmascara y brinda soporte a las relaciones de poder dominación que son aceptadas sin cuestionamiento y aun sin consciencia de ellas generando consenso y consentimiento (Puentes y Suarez, 2015).

Las reglas y normas formales e informales han dado resultados positivos para las interrelaciones en la sociedad, y todavía la humanidad está haciendo esfuerzos por mejorarlas en su diseño y cumplimiento. Sin embargo, hasta hoy han respondido a grados de amor limitados donde el amor instintivo más básico, el amor por uno mismo y por reducidos grupos de interés predominan, llevando a decisiones y prácticas políticas que muy a menudo favorecen sólo algunos y van en desmedro de los demás y del bien de la colectividad. Mucho más en sociedades como las capitalistas en las que predominan las relaciones de poder asimétricas, donde existen mecanismos normativos formales e

⁴ “La Psicología define la introyección como la función psíquica mediante la que una persona incorpora a su estructura mental y emocional los elementos del ambiente familiar y social en el que le tocó vivir. Estos elementos suelen ser idearios, formas de conducta y definiciones implícitas del ser humano y de sus relaciones interpersonales.” <https://psicologosenmadrid.eu/introyeccion/>

⁵ Para mayor detalle se puede consultar Axelrod, 2003.

informales que las sostienen, reproducen y legitiman. Por esta razón no bastan para una auténtica práctica de relaciones de poder para el bien común.

Por otro lado, la humanidad enfrenta hoy una crisis civilizatoria en la que los estados de conciencia de los seres humanos van quedando rezagados respecto a su capacidad de creación y destrucción, con formas de reproducción económica, instituciones, valores, relaciones políticas, dentro y fuera de los países que ponen en riesgo la supervivencia del planeta y su contenido humano y no humano, haciéndose imperioso avanzar hacia transformaciones civilizatorias para enfrentar los desafíos políticos, económicos, sociales, institucionales, morales, ambientales, geopolíticos y culturales que se tienen delante.

4. Para enlazar la política y la espiritualidad

Por consiguiente, la cuestión que nos planteamos es cómo desarrollar prácticas de ejercicio del poder, que conduzcan hacia nuevas bases civilizatorias con conductas y acciones políticas cada vez más desde la consciencia, la responsabilidad y el interés expansivo, que nacen y se despliegan desde adentro con la finalidad de promover y concretar el bien común. Es este uno de los sentidos del trabajo espiritual centrado en el amor para que su expansión conduzca, tanto en el campo de la política como en otros, a discernir cómo se va a vivir en relación con uno mismo, con todos, con todo, y hacerlo concretamente. Entonces, ¿cómo integrar expansivamente espiritualidad y política, más allá de las reglas y normas formales y la moral?; ¿cómo hacer esta conexión consciente y expansivamente mientras se trascienden los mecanismos sociales, económicos y políticos que sostienen, reproducen y legitiman las asimétricas relaciones de poder y dominación?

Cumplir reglas y normas por temor a la sanción, por la expectativa de un premio o por un sentido de obligación moral, aún sin plena consciencia y convencimiento puede dar frutos positivos, pero sus fundamentos son al fin de cuentas endebles pues son como gigantes con pies de barro que caen fácilmente. No basta sujetarse a conductas virtuosas en la vida social y política por motivaciones externas o internalizadas ya que siempre se puede trastabillar. Es necesario, además, y fundamentalmente, realizar una reflexión y juicio crítico tanto para una elección consciente como para una vivencia convencida y plena de las normas formales e informales y de otras que, pudiendo no estar comprendidas en ellas, una persona ha decidido asumir y practicar. El psicólogo social Jonathan Haidt expresa el desafío en estos términos;

... un mundo sin moralidad, rumores o juicios, rápidamente caería en el caos. Pero si queremos llegar a comprendernos y a entender nuestras divisiones, nuestros límites y nuestros potenciales, necesitamos dar un paso atrás, dejar de lado el moralismo, aplicar en su lugar algo de psicología moral y analizar el juego que estamos jugando. (Haidt, 2019, p. 21)

Al hacerlo nos adentramos en el mundo de la ética. Utilizamos la palabra ética para referirnos a una jerarquía de valores reflexionada y elegida conscientemente, que orienta

la conducta habitual y la toma de decisiones en las varias circunstancias de la vida y, lo que es crucial, se vive porque así se ha decidido libre y conscientemente, aceptando la responsabilidad de hacerlo.

Una jerarquía de valores puede ser transmitida a una persona sin que ella la reflexione, elija y viva conscientemente, lo que constituye una moral. Desde el momento en que se la reflexiona, elije y vive libre y conscientemente es una ética, la cual no necesita incentivos ni prohibiciones, premios ni castigos, tampoco de la observación ni aprobación de nadie. Por supuesto que puede haber éticas que expresen grados de amor limitados, egoístas o de grupo, de la misma manera que puede haber éticas resultantes de grados de amor expansivos e incluyentes. La ética puede ser tan limitada como expansiva y refleja la extensión, profundidad y calidad de la espiritualidad y del amor, es decir del tipo de relación que se tiene con uno, con todos y con todo.

La espiritualidad justamente se despliega en el campo en que la conducta y las decisiones se apoyan cada vez menos en normas y reglas formales e informales (moral), ya que la libertad interior a que se aspira es insostenible si su base es la sanción, la recompensa, el convencimiento no reflexionado, la culpa o cualquier forma de coerción externa o interna. La espiritualidad brinda las bases e inspira una ética práctica que va a la par de la expansión de la consciencia y el amor que se vive cuando otros la ven y cuando no.

En suma, en la interrelación social y en el desenvolvimiento del estado de consciencia y del amor, es decir en el desenvolvimiento espiritual, un primer paso es el acatamiento de las reglas y normas formales; un segundo paso la observancia de las reglas y normas morales asumidas por un grupo humano; un tercero, el de la elección libre y responsable de cómo se quiere vivir y hacerlo consecuentemente teniendo en cuenta los efectos de las decisiones y las acciones. A medida que la consciencia y el amor se expanden, el sentido y la finalidad de lo que se elige, se dice y se hace son cada vez más expansivos e incluyentes, por ejemplo, el compromiso de contribuir a que todos los seres, humanos o no humanos, puedan desplegar sus posibilidades a plenitud. El desafío planteado hoy en el mundo es hacer política desde una espiritualidad de expansión de la consciencia y el amor; una política que se plasma en una ética consecuente que se vive porque así se quiere.

No es que la ética va a contrapelo de las reglas y normas formales o la moral ni que les quita importancia. Sin embargo, mientras una ética articulada a la espiritualidad no se desenvuelva en la dinámica cambiante de la vida desde la consciencia, la libertad interior y la responsabilidad, hasta las mejores reglas y normas pueden ser eludidas o utilizadas para fines excluyentes y egoístas, sean individuales o de grupo.

Puesto que la espiritualidad es interrelacional en sí misma y las interrelaciones humanas pasan por la política, es preciso atreverse a plantear una vivencia espiritual de la política.

Es una osadía ya que demanda trascender la idea de que la política es completamente ajena a la espiritualidad y que nunca van a integrarse (“la política la hacen los políticos, no los

ángeles”, proclamaba un avezado político boliviano en una entrevista radial a inicios del año 2020), una idea que lleva tanto a prácticas políticas que se suelen llamar maquiavélicas, que no son sino expresión de estados de consciencia y grados de amor limitados, como a acciones políticas y a la conformación de estructuras de poder que, si hablamos de ángeles, lucen evidentemente luciferinos.

Aterrizada la espiritualidad en una ética expandida y expansiva, hay varias maneras de vincularla con la política. Una de ellas, que puede ayudar a hacer un enlace entre espiritualidad y política con frutos efectivos, prácticos, concretos, es integrar tres elementos de la práctica política y de la ética práctica: las motivaciones, lo que se hace para concretarlas y los frutos efectivos que se obtienen. Así se evita, por un lado, un accionar inescrupuloso que tarde o temprano aleja incluso de las más nobles motivaciones y, por otro lado, se protege del riesgo de acciones ineficaces e ineficientes que por muy bien intencionadas que puedan ser terminan llevando adonde no se quiere ir.

Las motivaciones apelan al sentido más profundo del ser humano y de la política. Como inspiradoras de las relaciones y el manejo del poder desde lo que se considera fundamental en la vida, definen las intenciones, los propósitos, la finalidad de la política que, en lo que venimos planteando, es la búsqueda del bien común y la apertura de posibilidades para que todos puedan desarrollar sus potencialidades.

Lo que se hace para concretarlas se refiere a las actitudes, las acciones y el uso de los medios que plasman la motivación en acción, dándole contenido práctico. Aquí se establece la relación de los fines y los medios, los instrumentos más adecuados a un fin y los límites de la acción a la luz de las motivaciones; por ejemplo, ¿podría haber algún fin que justifique cualquier medio? La acción además de corresponder a la motivación (la coherencia entre lo que se quiere alcanzar y los medios que se utilizan), tiene que ser eficaz (adecuada al logro de lo buscado) y eficiente (aprovechamiento correcto de los recursos con que se cuenta).

Los frutos efectivos que se obtienen son los resultados concretos de las acciones que al fin dan el criterio de juicio valorativo de las motivaciones y las acciones. Son los resultados los que revelan las motivaciones y las acciones efectivas para mirar críticamente y evaluar honestamente las motivaciones y las acciones, reduciendo la probabilidad de que con buenas intenciones se esté empedrando el camino al infierno.

5. Para una sabiduría práctica de la política

Como la ética no es sino una derivación del grado de amplitud de la consciencia y el amor, es decir de la espiritualidad, la política que hay que construir se avizora, nace, se sostiene, se alimenta y se proyecta desde una ética de la espiritualidad y del amor. Esta se cultiva y ejercita como sabiduría práctica, entendida como dar a cada aspecto de la vida la atención adecuada a partir de un sentido profundo de lo correcto e incorrecto en el lugar y el momento debidos, dando el uso requerido a los propios poderes (Schwartz & Sharpe,

2011). El actuar sabiamente en cualquier ámbito, a lo que todo ser humano tendría que aspirar, que, por supuesto incluye la política, tiene como fundamento la finalidad profunda de cada actividad, -su respectivo *telos* aristotélico-, (que en el caso de la política es el uso del poder para el bien común) con base en un sentido elemental de responsabilidad, decencia y compromiso que necesita, además, la habilidad para llevarla a la práctica.

Una política de estados de consciencia y grados de amor incluyentes y expansivos tiene necesariamente como *telos* una política sin poder de dominación, que parte de una renuncia al *poder-sobre*, centrando las interrelaciones, los procesos decisionales y las prácticas concretas en el *poder-de*, cristalizado en una jerarquía de valores (ética) que prioriza las capacidades individuales y colectivas para hacer surgir nuevas cualidades buenas⁶ para la colectividad y para los individuos. El ejercicio de la autoridad es una sabiduría práctica donde el interés personal está integrado al de los demás, que a su vez hacen lo propio, pues saben que cada uno de los integrantes de la colectividad y el grupo en su conjunto son responsables del bienestar de cada uno y de la colectividad.

El desenvolvimiento de la vida y las sociedades está impulsado por el despliegue del poder de transformación, un poder creativo (que es un poder productivo) que lleva al surgimiento de nuevas posibilidades. Es un poder integrativo resultante de prácticas individuales y grupales, el poder del amor que se despliega en varias gradaciones pasando del amor instintivo para la perduración de la vida, al centrado solamente en uno mismo, al amor centrado en uno mismo en interrelación, al amor recíproco, al amor empático compasivo y al amor de participación que, traducido en una jerarquía de valores (ética), guía las interrelaciones políticas.

Mientras el amor instintivo hace amar porque hay que hacerlo, con todas las limitaciones que este grado de amor tan tosco implica, el amor que comienza a hacerse consciente pasa por una fase de exacerbación del amor egocéntrico cuando el yo se auto percibe como diferente de los demás, para luego comenzar a abrirse expansiva y conscientemente, respetando, valorando, e incluyendo al otro y a lo otro en sí mismo. Es cuando sabiéndose parte de una totalidad que la trasciende la persona vive el amor como una elección consciente, una decisión de amar, de "... extender los límites del propio yo con el fin de impulsar el desarrollo espiritual propio o ajeno..." (Peck, 1989, p. 81); es sentirse responsable por el otro y sentirse uno con el otro en una "... experiencia expansiva de unidad, inseparablemente ligada a la expresión de ese amor en cada acto de la vida." (Fromm, 1994, p. 34).

En la ética de la política, el amor expansivo como decisión libre y consciente es practicar una ética en la que no sólo se respetan y promueven los derechos de todos, sino que además se asume responsabilidad por los otros, contribuyendo a que tengan condiciones y medios para desarrollar sus posibilidades.

⁶ La palabra *buenas* se utiliza aquí para designar todo aquello que da condiciones y ayuda a que los individuos y una colectividad puedan desplegar todas sus posibilidades.

El poder de amar se ejercita y amplía en el ejercicio de tres capacidades: 1) la de lograr lo que se anhela teniendo en cuenta más y más aspectos de la realidad; 2) la de lograr un fin común, por ejemplo, que todos puedan florecer plenamente, desenvuelvan sus posibilidades y actualicen sus potencialidades; 3) la de integrar el interés por uno mismo con el de los demás y la colectividad.

En un nivel más específico es poder elegir y decidir (libertad), poder producir y organizar (crear), poder integrar (unir), poder trascender las contradicciones y el conflicto (paz), poder trascender el interés propio (o de grupo) exclusivo.

Una vez planteado el fin de la política, los llamados ingredientes de la sabiduría práctica explicados por Aristóteles en su *Ética a Nicómaco* libro 6, nos dan los elementos para plantear una posible ruta crítica de la actividad política⁷:

1. tener claro el fin de la política como actividad humana: *una finalidad que sea lo más incluyente posible*;
2. percibir la circunstancia que se vive con apertura a otras percepciones integrándolas: *atención plena*;
3. evaluar las emociones y sentimientos que la circunstancia genera en uno y en otros: *consciencia plena*;
4. deliberar individual y colectivamente dialogando para entender lo mejor posible la circunstancia, considerando tanto los intereses, las emociones y los sentimientos de otros como teniendo en cuenta más y más aspectos de la realidad: *inclusión, integración creciente con todos y con todo*;
5. elegir y decidir asumiendo responsabilidad por las elecciones y decisiones hechas: *tomar la mejor decisión posible y asumirla plenamente*;
6. actuar consecuentemente con criterios adecuados a la circunstancia y a los cambios que pudieran haber: *recta intención, buen criterio, sentido común* (razonable, prudente, lógico, sensato).

Se trata entonces de aprender a hacer una política del *poder-de*, integrada a la espiritualidad, que tiene claro su propósito, que lleva adelante las acciones más adecuadas a este fin y que está abierta a la evaluación y juicio crítico, en diálogo permanente con la diversidad de individuos y grupos que conforman una colectividad.

6. Cierre

El amor no tiene lugar en la política nos recuerda Bob Dylan en su “Political World” y el primatólogo Frans de Waal comienza su libro “*El mono que llevamos dentro*” con la

⁷ http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/filosofia/nicomaquea/6.html. Véase también McKay, Brett & Kate (2020).

sugestiva afirmación: “Se puede sacar al mono de la jungla, pero no a la jungla del mono” (2007, p. 13).

Ciertamente, los humanos tenemos tanto de animales como ellos de humanos. La idea que nuestra separación del mundo animal nos ha civilizado, pues hemos superado conductas agresivas y violentas que solemos llamar bestiales o benévolamente bárbaras, está definitivamente obsoleta. De modo que, de regreso al mundo animal, parecería que no tenemos más que aceptar la hobbesiana observación del estado de la naturaleza en que nuestra vida es "solitaria, pobre, tosca, brutal y breve" (Hobbes, 1982, p. 103) y que por tanto la política no es más que un territorio de intensa disputa de intereses donde al final se impone el más fuerte, quien consigue imponer y legitimar su dominación.

Los conflictos, las disputas y varias formas de violencia están por cierto presentes en la humanidad hoy, así como lo estuvieron en el pasado y posiblemente también en el futuro. Sin embargo, se trata de solo una de nuestras facetas que expresa las formas más básicas del amor ligadas al instinto y la voluntad de sobrevivencia que comandan muchas de nuestras conductas, también en el ámbito del poder. Pero además compartimos con muchas especies animales maneras de interrelación impulsadas por factores que están más allá del simple instinto de supervivencia, del amor exclusivo por uno mismo o por un reducido grupo de interés. Se trata de conductas como la simpatía, la empatía, la compasión, que expresan formas de amor más expansivas en las que los otros y lo otro, son incorporados en el conjunto de decisión y que se pueden apreciar en las interrelaciones personales, sociales, económicas, ambientales y políticas.

Es que la simpatía, la empatía, la solidaridad, la compasión, la bondad, la participación, son tan humanas como la maldad, la crueldad, el egoísmo y están inscritas en nuestras posibilidades innatas, en nuestro código genético originado en el mismo proceso evolutivo de todos los seres vivientes, en especial de las especies más cercanas a nosotros. En este sentido somos un abanico de posibilidades desde las más limitadas hasta las más expansivas. A lo largo de miles de años individual y colectivamente hemos venido dotándonos de normas formales e informales que ponen límite a lo peor y abren espacios para lo mejor de nuestras conductas, por ejemplo, en la política. Además, como hemos tratado de mostrar, está abierta la posibilidad y estamos empeñados en desarrollar conductas que van más allá de las normas sociales formales e informales que, al expresar la expansión de la consciencia, desembocan en el cultivo racional y afectivo de una espiritualidad sostenida en el amor.

El amor comprende la totalidad de los ámbitos del universo como lo conocemos, formando urdiembres de relaciones de las que surgen cualidades más y más complejas como la vida y la consciencia, por lo que las diferencias entre las formas, la extensión y la amplitud del amor no son sino de grado. Sus formas más básicas parecen ser inconscientes desde la perspectiva que los humanos podemos percibir, y en nuestra experiencia dan lugar a niveles crecientemente conscientes en las que el amor poco a poco se va experimentando como una facultad para la que tenemos potencialidad, pero que se necesita cultivar como un arte

(Fromm, 1994). Un arte complejo, por cierto, que se desarrolla en el proceso de expansión de la consciencia y el amor, un trascender desde la separatividad hacia la unión y que, poco a poco se va haciendo cada vez más consciente, intencional y volitivo; un proceso en el cual va transformando los fundamentos de las relaciones sociales y de la política. Un arte de amar que se hace uno con la política como arte cuando el poder de dominación va cediendo espacio al *poder-de* que no es más que el poder de amar, donde la plena individualidad se funde con la colectividad en el bien común.

Procurar ver la conexión entre espiritualidad y política ha sido la motivación para encarar el desafío de iluminar los rincones más oscuros de la política donde yace, empolvado pero vital, el amor. Es que husmear en la política del amor, aunque para muchos puede parecer una extravagancia, podría ser un paso más para una extravagancia aún mayor: "... vislumbrar y preparar ese mundo donde los sabios y los santos serán sacerdotes, legisladores y guías de la humanidad; donde los que moderan y distribuyen las corrientes económicas de los pueblos serán considerados gobernantes de los mismos;..." (Bovisio, 2009, p. 17).

Referencias

1. Axelrod, R. (2003). *La complejidad de la cooperación*. Fondo de Cultura Económica.
2. Boff, L. (2012). ¿Es el universo autoconsciente? 3 septiembre 2012.
<http://www.servicioskoinonia.org/boff/articulo.php?num=504>
3. Boulding, K. (1989). *Three faces of power*. SAGE.
4. Bovisio, S. (2009). Mensajes I. <https://www.santiagobovisio.info>
5. De Waal, F. (2007). *El mono que llevamos dentro*. TusQuets editores.
6. Fromm, E. (1994). *El arte de amar*. Editorial Paidós.
<https://espanol.freebooks.net/ebook/El-arte-de-Amar-2>
7. Haidt, J. (2019). *La mente de los justos*. Ediciones DEUSTO.
8. Hobbes, T. (1983). *Leviatán*. Fondo de Cultura Económica.
9. Mandela, N. (2013). *El largo camino hacia la libertad. La autobiografía de Nelson Mandela*. 3ra. edición. Santillana Ediciones.
10. McKay, B. & McKay, K. (2020) Practical wisdom: the master virtue.
<https://www.artofmanliness.com/articles/practical-wisdom>
11. Peck, S. (1997). *La nueva psicología del amor*. Emece Editores.
12. Puentes Cala, M., & Suárez Pinzón, I. (2016). Un acercamiento a Gramsci: la hegemonía y la reproducción de una visión del mundo. *Revista Colombiana De Ciencias Sociales*, 7(2), 449–468. <https://doi.org/10.21501/22161201.1658>
13. Salazar, C. (1995). Las Políticas Públicas: una nueva perspectiva de análisis. *Ciencia política: Revista trimestral para América Latina y España* N°. 38, 59-78.
14. Schwartz, B. & Sharpe, K. (2011). *Practical Wisdom: The Right Way to Do the Right Thing*. Riverhead Books.
15. Zegada, O. (2014). Las políticas estatales: entre la política y las políticas. *Búsqueda* No.43, 9-33.
16. Zegada, O. (2024). Cavilaciones acerca de una economía del amor. *Búsqueda*, 54, 153
184. <https://doi.org/10.5281/zenodo.12705682>

Notas

*Maestría en Economía (Master of Arts - Economics). University of Massachusetts at Amherst, Massachusetts, Estados Unidos, mayo 1992. Licenciatura en Economía, Universidad Mayor de San Simón, Cochabamba, Bolivia, 1984. Diplomado Educación Superior, Universidad Mayor de San Simón, Cochabamba, Bolivia, 2003. Docencia pregrado y posgrado en: Universidad Mayor de San Simón; Universidad Católica Boliviana; Universidad Privada Boliviana; Universidad Simón I. Patiño. Publicaciones: “Los trabajadores del calzado en Cochabamba”, en IESE - UMSS en Cochabamba, Bolivia (1987); “Los empresarios y la nueva política económica”, (1985-1989), en IESE - UMSS, en Cochabamba, Bolivia (1989); “Fuerza laboral y empleo en Cochabamba” (coautor), UMSS en Cochabamba, Bolivia (1990); “Una aproximación al estado del conocimiento y el debate sobre el desarrollo productivo en Cochabamba”, CEDLA, La Paz, Bolivia (1999); “Cavilaciones acerca de una economía del amor”, en Búsqueda, 54. (2024); “Economía Providencial. En Memoria del Seminario Internacional Economía Social y Solidaria en Bolivia”, INCISO-FACSO, UMSS, Cochabamba, Bolivia (2019); “Economía Monetaria Bolivia: Moneda y cambio en los siglos XX-XXI”, Konrad Adenauer Stiftung, La Paz, Bolivia (2018); “El ciclo estatal y el régimen monetario: 1952-1985. En: Historia Monetaria de Bolivia”, Banco Central de Bolivia, La Paz, Bolivia (2015). ORCID: <https://orcid.org/0009-0006-3833-7313> Dirección de correo electrónico: o.zegada@umss.edu

** Nota. Mira el fluir de la vida en silencio, soledad, incertidumbre [Fotografía], por Oscar Zegada Claure, Cerro Verde, Cochabamba, Bolivia, 1980.